

soy inocente; contra mí no resulta otro cargo que la simple declaracion de un portero... Si yo hubiese sido criminal, se hubiera encontrado encima de mí ó en mi casa algun *objeto*: no hubiera yo estado en la mas completa miseria.

»Queda otro cargo que hacerme; ¡es un presidiario! dirán; ¿y es de necesidad que por haber estado yo en presidio, caiga sobre mí la sangre derramada?»

Despues de esta defensa, pronunciada con una animacion que va siempre en aumento, Soufflard se sienta de pronto y se queda como anonadado.

Despues de doce audiencias, se cierran por fin los debates, y el tribunal se retira para deliberar. Las ciento cincuenta respuestas del jurado, son casi todas afirmativas. Se hace entrar á los acusados en la audiencia para que oigan leer el veredicto. Antes de esto, se les ha registrado minuciosamente como es costumbre. Despues de la lectura del veredicto, el tribunal se retira de nuevo para deliberar sobre las penas que han de aplicarse á cada acusado, y esta sesion secreta dura cosa de media hora. Durante este tiempo, Soufflard tiene puesto el pañuelo delante de la boca. Despues de la media hora, vuelve á entrar el tribunal en sesion pública, y su presidente lee las sentencias siguientes: la jóven Alliette, lo es á seis años de reclusion sin esposicion; Lemennier, á siete años de reclusion con esposicion; Micaud, á ocho años de reclusion con esposicion (Soufflard, al oír esta parte de la sentencia, hace un gesto que espresa su ódio contra el sentenciado y lo que siente que no sea mas rigurosa su condena); Maschad, á cinco años de trabajos forzados sin esposicion; la Vallard, á diez años de trabajos forzados sin esposicion; Levieil, á veinte años de trabajos forzados con esposicion; Soufflard y Lesage, á la pena capital.

Mientras se ha pronunciado la sentencia, se ha visto á Soufflard quitarse el pañuelo de delante de la boca, metérselo de pronto en el bolsillo, inclinar un poco la cabeza, y menear los lábios.

A los pocos instantes, salian de la audiencia los sentenciados. Al llegar al corredor interior, que se halla á espaldas del banco de los acusados, Soufflard se para: «Tengo sed, grita, tengo mucha sed, dadme agua,» y como le empujaban para que siguiera andando, se agarra á una puerta, y con una voz que parece un rugido, esclama: «Tengo sed.»

Uno de los gendarmes de la escolta, vá á buscar agua á una fuente que está en el corredor y á la cual mira Soufflard con un ánsia que es imposible describir. El gendarme le presenta al sentenciado un vaso de agua, y este se lo bebe de un trago.

En seguida bajan los reos la escalera. Un silencio siniestro acompaña su marcha en aquel corto tránsito; no se oye otro sonido que el que mueven los pasos acompasados de los gendarmes, de los carceleros y de los soldados de la guardia nombrados para entrar de centinela en los calabozos de los reos sentenciados á muerte. Unicamente una vez, Soufflard, que iba á la cabeza, se para al oír sollozar á la Alliette; luego se encoje de hombros y aprieta el paso.

Al llegar al postigo de la Consergería, los carce-

leros se apoderan de Soufflard y de Lesage para ponerles la camisa de fuerza. Este último se entrega sin oponer resistencia; pero Soufflard, saliendo de pronto de la apatía en que parecia estar sumido, se enfurece y empieza á arrojar denuestos contra el tribunal, contra la policía, contra los jurados, y sobre todo, contra Micaud, que, segun dice, tendrá que responder de su muerte.

Se logra contenerle, pero uno de los jefes de seguridad que se halla de servicio, advierte que las facciones del reo están horriblemente alteradas: está lívido, sus ojos inyectados de sangre, con unas ojeras azuladas, sus lábios pálidos y apretados convulsivamente arrojan un espumarajo espeso.

—¡Dios mio! exclamó el funcionario; ¿os habeis envenenado, Soufflard?

—¿Y qué? contestó con voz sorda el reo; ¡ya se ve que me he envenenado!

Y de pronto cae, presa de unas violentas convulsiones á las cuales habia tenido valor y fuerzas para resistir hasta aquel momento.

—¡Desdichado! le dice el jefe de seguridad, ¿y cómo habeis podido hacerlo? No comprometais con vuestro silencio á los carceleros, ¿qué veneno habeis tomado?

—No lo diré, no, si lo dijese me daríais un contraveneno.

En seguida se fué á buscar leche, y se le presentó una gran taza á Soufflard; este fué á echarse sobre aquel líquido por un movimiento instintivo, porque en realidad se le estaba abrasando la garganta; pero se detuvo un instante, y luego dijo con una sonrisa horrible:

—Es demasiado tarde; el golpe ha sido certero y me ha dado en el corazon, y bebió.

Un practicante del hospital que llegó á los pocos minutos, dió en seguida un vomitivo al infeliz reo. Los vómitos no se hicieron aguardar mucho tiempo y sometidas al análisis las materias arrojadas, que exhalaban un fuerte olor á ajos, se vió que Soufflard se habia envenenado con arsénico, y que la cantidad que habia tomado era enorme. Sin duda cometió este último atentado cuando le estaban leyendo la sentencia.

En un principio se creyó que se habia envenenado con cardenillo por ciertas palabras que se le oyeron á un preso.

Este dijo: ese hombre habrá *fabricado* él mismo el veneno, estos secretos los aprendemos nosotros en las cárceles. Se deja una pieza de cobre en los orines por un cuanto tiempo y se hace un cardenillo excelente (1).

Lo cierto es, que no pudo saberse cómo se habia envenenado Soufflard: se cree que le dieron el veneno en la misma sala de la audiencia.

A todo esto, eran las once de la noche. Se llamó á uno de los médicos de las cárceles, que no se apartó en toda la noche de la cabecera de la cama de Soufflard, quien sufría unas convulsiones atroces y otros padecimientos no menos horribles. Al amanecer

(1) Bancal, uno de los asesinos de Fouldés, se envenenó de este modo.